

LECCION XLII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XIII).

La Iglesia consolada: san Luis, rey de Francia; san Fernando, rey de Castilla y de Leon; — propagada: conversion de la Livonia y la Cumania. — Tres concilios generales. — La Iglesia consolada: fundacion de la Orden de nuestra Señora de la Merced.

Si necesarios eran en aquellos tiempos maestros y modelos para los pueblos y los sabios, no lo eran menos para los grandes y los reyes; pues si bien es cierto que muchos soberanos combatian el error con las armas en la mano, muchos otros con sus excesos daban funesto ejemplo de desorden. Sin mas reglas que sus pasiones, y continuamente divididos entre sí, abrumaban á los pueblos con cargas é impuestos para alimentar su vil desenfreno y sus miserables rencillas; de ahí el pillaje, el asesinato, el luto de las familias y la miseria de los débiles y pequeños, con gran congoja de la Iglesia. Entonces Dios, compadecido, mandó en su ayuda eminentes reyes cuyo fuerte brazo pudiera atajar el mal y repararlo, siendo de este número san Fernando en España y san Luis en Francia.

San Luis, gloria de la monarquía francesa, era hijo del rey Luis VIII, y nació el día 25 de abril de 1215 en el castillo de Poissy. Mas adelante, en testimonio de lo que apreciaba la gracia bautismal y la divina adopcion, solia firmar: *Luis de Poissy*. Razon teniais, poderoso Monarca; el título de cristiano es preferible al de rey de Francia. Pasó sus primeros años en compañía de la reina Blanca su madre, virtuosísima princesa, la cual deseosa de hacerle mamar con la leche las grandes máximas de la Religion, sentábale muchas veces en sus rodillas y le repetia estas hermosas palabras, palabras que debieran estar siempre en los labios y en el corazon de las madres verdaderamente dignas de tal nombre: «Hijito mio, con sumo amor te quiero; pero preferiria verte morir á mis piés, antes que verte cometer un solo pecado mortal.» Estas lecciones de la piadosa Reina no fueron estériles; Luis no dejaba pasar dia sin recordarlas, y merced

á ellas tuvo la dicha de conservar toda su vida la inocencia del Bautismo.

Á los doce años subió al mas bello trono del universo, siendo consagrado en Reims. Nuevo Salomon, suplicó al Señor que fuera su guia y su apoyo en el gobierno; y la prudencia que mostró, la firmeza, el amor á la justicia y todas cuantas cualidades forman los valerosos capitanes, los buenos reyes y los grandes Santos, acreditaron que su oracion habia sido atendida.

Despues de consagrar la mayor parte del dia á los negocios del Estado, gustaba mucho conversar con personas piadosas; y á los que criticaban su asiduidad en la oracion, respondia con harta cordura: «¡Cuán extraños son los hombres! critican mis prolijas oraciones, y no dirian nada si emplease el mismo tiempo en cazas y devaneos.»

Penetrado de la verdad de que los reyes solo son ministros de Dios para el bien, este sabio Monarca se esmeraba en hacer florecer la Religion, extirpar las herejías y proscribir los escándalos, y á lo que no alcanzaba por sí mismo, valiase del auxilio de los demás. Fundó porcion de monasterios, de los cuales salieron hombres eminentísimos, de gran provecho para la Iglesia. Su caridad lo abarcaba todo: cada dia hacia alimentar en su palacio, y á veces servia él propio á la mesa, ciento veinte ó doscientos pobres.

Habiendo tenido la dicha de adquirir la santa corona de espinas del Salvador del mundo, erigió una capilla magnífica para custodiarla. Era tan vehemente su fe, que palpaba, por decirlo así, las verdades objeto de ella: habiendo un sujeto ido á encontrarle presuroso, diciendo que nuestro Señor se aparecia en la misa en las manos de cierto celebrante, con mucha calma respondió: «No necesito verlo para creerlo.» Otra de sus disposiciones fué amenazar que taladraria con un hierro encendido la lengua de los blasfemos; expulsó del reino á los histriones, y cargó la mano de firme contra los señores que oprimian á sus vasallos. En tratando de administrar justicia no atendia á consideraciones humanas ni á vínculos de sangre; sentado bajo la encina de Vincennes el buen monarca fallaba los pleitos, y hacia sobre la marcha enmendar los desafueros.

Otras miras sin embargo tenia la Providencia sobre Luis, el cual no solo debia hacer reflorar la Religion en sus Estados, sino dar nuevo impulso á la guerra sagrada de la civilizacion contra la barba-

rie musulmana. De nuevo los cristianos de Palestina gemían bajo el yugo de los infieles, y sabiendo Luis cuánto padecían, resolvió marchar en su auxilio. Quizá aquellas grandes expediciones no tuvieron el éxito directo é inmediato que de ellas se esperaba, pero á la larga redundaron otro mayor, y fué impedir que los sarracenos lastimasen á la Iglesia, enervando sus bríos, é inspirarles un gran terror al nombre de cristiano.

Embarcóse, pues, nuestro Rey á la cabeza de un ejército poderoso: Damietta fué tomada, pero se perdió la batalla de Massure, en la que el santo Rey cayó prisionero. Grande sin embargo lo mismo en la cárcel que en el trono, su paciencia y su firmeza en resistir aquello que no le parecia conveniente admiraba á los árabes, quienes le decían: «Te tenemos por nuestro cautivo y esclavo, pero tú «entre prisiones nos tratas á nosotros como si fuéramos prisioneros «tuyos.» Una sola vez osaron proponerle que diese cierta suma por su rescate, pero hé aquí la noble respuesta que dió á los enviados del Sultan: «Decidle á vuestro amo que un Rey de Francia no se res- «cata con dinero: yo daría esta cantidad por mi gente, y Damietta «por mi persona.»

Vuelto á Francia, consagróse con nuevo desvelo al bienestar de sus vasallos. Si era buen rey, no era menos gran capitán; así, después de contener á los enemigos del reino, hizose á la vela segunda vez para libertar á los cristianos; pero Dios se contentó con su buena voluntad. Apenas tocó las playas de África, cerca de Tunez, cayó enfermo; sintiendo que se acercaba su fin, llamó á su hijo mayor y le entregó el testamento que sigue, tan propio de un cristiano, de un héroe, de un rey y de un padre:

«Querido hijo, la primera cosa que te encargo es que ames á Dios «de todo corazón, prefiriendo sufrir mil veces cualquiera especie de «tormentos á incurrir en pecado mortal. Si Dios te envía calamida- «des, súfrelas con buen ánimo, recordando lo mucho que le ofen- «diste; y al contrario, si te prospera, no te dejes malear por el «orgullo, porque nadie debe contrastar á Dios y á sus dones. Confíe- «sate á menudo, eligiendo un director hábil y prudente que pueda «enseñarte lo que has de hacer y lo que has de evitar sin temor de «reprenderte y de señalar tus defectos. Asiste con devoción á las fun- «ciones de la iglesia, en especial al santo sacrificio de la misa, des- «de la consagración. Sé compasivo y piadoso con los pobres, y ayú- «dales en cuanto pudieres. Procura conservar las buenas costum-

«bres de tu reino y corregir las malas; sobre todo no cargues al «pueblo de impuestos.

«Haz que te rodeen hombres probos y leales, ajenos á la co- «dicia, ya sean legos ó religiosos, y departe con ellos, evitando «la compañía de los malos. Apresúrate á escuchar la palabra de «Dios y retenerla en tu corazón, y concurre á ganar perdones «y plegarias. Nadie sea tan osado que profiera delante de tí «palabras pecaminosas, ó murmure de otro á sus espaldas con «detraccion, ni permitas blasfemar en tu presencia. Da frecuen- «tes gracias á Dios por los beneficios que te ha dispensado, á fin «de que merezcas otros. En hacer justicia y otorgar derecho sé «rígido y leal, sin ladear á derecha ó izquierda; pero apoya el «derecho y sosten la queja del pobre hasta que la verdad que- «de despejada. Esmérate en conservar la paz y la rectitud entre tus «vasallos; y respecto á las ciudades, así como á las usanzas del rei- «no, consérvalas en el estado y franquicias con que las tuvieron «tus mayores, corrigiendo únicamente aquello que conocieras da- «ñoso. La importancia y riqueza de las grandes poblaciones será tu «mejor arma para contener á los extranjeros y especialmente á tus «pares y barones... Haz que no sean desmedidos los gastos de tu «palacio.

«Finalmente, queridísimo hijo, manda celebrar misas por mi al- «ma y elevar preces en todo el reino, y concédeme parte especial y «cumplida en cuantas buenas obras practicares. Amado mio, doyte «cuantas bendiciones un buen padre puede dar á su hijo: que la Tri- «nidad santísima y todos los Santos de la corte celestial te guarden «y preserven de mal, y Dios te haga la gracia de poder llenar siem- «pre su santa voluntad, á fin de ser honrado por tí, y que tú y Nos «podamos, después de esta vida mortal, vernos reunidos con él y «alabarle sin término, amen.»

El Rey recibió los Sacramentos con edificante fervor, y al llegar su última hora, hizose acostar sobre una capa de ceniza, en cuya posición, cruzados sobre el pecho los brazos y alzados los ojos al cielo, espiró dulcemente, murmurando aquellas palabras de la Escritura: *Señor, yo entraré en tu morada*¹. Así murió el mejor de los reyes, cuyas virtudes es imposible admirar sin bendecir la Religión que las ha inspirado; corria el día 25 de agosto del año 1270.

¹ Psalm. v. 8.

Mientras san Luis llenaba tan gloriosamente la doble mision, que recibiera de la Providencia, de proscribir la herejía y el escándalo de las altas clases sociales, y repeler la barbarie musulmana, otro soberano cumplia iguales deberes, probando ambos con brillo lo que en aquel siglo convenia probar ante todo, á saber: que las verdaderas virtudes resplandecen no entre los sectarios, sino en el seno de la antigua y verdadera Iglesia.

Este soberano, émulo de san Luis en las cualidades que forman los héroes y los Santos, era Fernando III, de Castilla y de Leon, primo de san Luis é hijo del rey Alfonso. Rey á los diez y ocho años, procuró rodearse de hombres los mas idóneos y virtuosos, y al igual de san Luis, su primer cuidado se dirigió á hacer como él y honrar á Dios en sus dominios. Construyó ó restauró multitud de iglesias, monasterios y hospitales, y á pesar de estos dispendios no cargó de contribuciones al pueblo. Durante la guerra que hacia á los moros, uno de aquellos pseudo-políticos que hacen poco caso de la miseria pública no vaciló en proponerle un medio para levantar subsidios extraordinarios; pero airado el Rey, respondió: «¡Dios me libre de aceptar tu plan! Si me faltan recursos, la Providencia sabrá darme otros auxilios; mas temo la maldicion de una pobre villana, que toda una hueste de agarenos.»

Apaciguados y felices sus Estados, ocupóse Fernando en extender el reino de Jesucristo, permitiéndolo Dios para subsanar los quebrantos que la herejía de los Albigenses, Valdenses, Beguardos y demás sectarios ocasionaba á nuestra santa Madre. Fernando tenia la conciencia de su mision cuando se dirigia á Dios en estos términos: «Señor, que sondeais los riñones y los corazones, bien sabéis que es vuestra gloria la que apetezco y no la mia, y que no me propongo adquirir reinos deleznales, sino extender el conocimiento de vuestro nombre.»

En 1125 emprendió su primera campaña contra los infieles, y de un tirón les arrebató veinte de sus mejores plazas de Andalucía. El Arzobispo de Toledo desempeñaba en el ejército las funciones pastorales, pues el Rey queria inspirar á sus tropas sentimientos de tierra y piedad, dándoles por su parte el ejemplo de todas las virtudes, ayunando rígidamente, vestido un cilicio en forma de cruz, y pasando á menudo toda la noche en oracion, sobre todo cuando debia librar alguna batalla, cuya gloria atribuia á Dios. Tenia siempre en sus reales una imagen de la Virgen, para que mirándola sus solda-

dos se estimulasen á confiar en la Madre de Dios: ¿Qué mucho, pues, que una hueste de guerreros cristianos acaudillados por un Santo realizara verdaderos prodigios, hasta el punto de que los mismos infieles viesen en ello la mano de Dios? En efecto, despues de tomada la inconquistable Sevilla, el gobernador moro decia llorando: «Solo un Santo podia con pocas tropas hacerse dueño de una ciudad tan fuerte y populosa.» Cartagena, Murcia y otras muchas poblaciones dominadas por la morisma cayeron igualmente en poder de los cristianos.

Sin embargo, la conquista mas famosa de san Fernando fué la de Córdoba. Esta antigua capital de los árabes en España gemia en su poder hacia quinientos veinte y cuatro años; el ejército cristiano entró en ella el dia de san Pedro y san Pablo del año 1236. Inmediatamente la gran mezquita fué purificada y convertida en iglesia bajo la advocacion de María santísima, y para su servicio las campanas de Santiago de Compostela, que el sultan Almanzor mandara llevar allá en hombros de los cristianos, fueron traídas en hombros de los árabes por mandato de san Fernando.

Acercábase en esto el dia feliz para él, de tomar posesion del reino celeste que sus virtudes le habian conquistado. Cuando oyó anunciar su última hora, hizo una confesion general de su vida, y pidió el santo Viático, que le llevó el obispo de Segovia seguido del clero y de toda la corte. Al ver en su cámara al Santísimo Sacramento, bajó del lecho y postróse en el suelo, redeada una soga al cuello en señal de penitencia, y empuñando un Crucifijo que besaba y regaba de lágrimas, en cuya posicion recibió el cuerpo del Salvador con los sentimientos de la compuncion mas acendrada. Antes de espirar llamó á sus hijos para darles su bendicion y consejos saludables, y durante su agonía rogó al clero que rezase las Letanías y el *Te Deum*, falleciendo tranquilamente concluidas estas preces, á 30 dias de mayo de 1254 ¹.

Las conquistas de san Fernando contra los moros no eran la sola indemnizacion que la Iglesia recibia por las pérdidas que la herejía le ocasionara, pues tambien hacia el Norte avanzaba rápidamente la luz evangélica, y entre otras gentes, toda la Livonia abrazaba la fe. Habitaban aquellas comarcas unos hombres bárbaros, cuyos dioses

¹ Godescard, 30 de mayo.

eran animales, árboles, ríos, yerbas y espíritus inmundos; pero la Religión tomando con una mano las aras de tan ridículas deidades, plantó con la otra el leño de la cruz, y desde aquel momento la civilización, hija de la verdad, empezó á resplandecer en la inhospitalaria region de que tratamos. Parte de la Prusia siguió el ejemplo de la Livonia, y al propio tiempo los cumanos, pueblo descreyente que ocupaba las bocas del Danubio, recibieron tambien la buena nueva, es decir, la nueva de la alteza de nuestro origen, de nuestro fin y de los medios de conseguirlo. Al igual que otros, este pueblo nómada pasando al Cristianismo se hizo civilizado; para que no se trascuerde lo que otras veces hemos consignado, á saber: siempre que el Evangelio convierte á una nacion, obra dos conquistas, una sobre el error, y otra sobre la barbarie; verdad nunca bastante repetida.

Tambien le venian á la Iglesia otros consuelos del lado de la Alemania y de Italia: en Alemania santa Isabel mostraba á los poderosos del siglo la union admirable de todas las virtudes y de la grandeza temporal, y en Italia una ilustre penitente, la bienaventurada Margarita de Crotona purgaba con una penitencia de veinte años los escándalos de su juventud.

Finalmente, para consolidar todo el bien obrado por las Órdenes religiosas y por los Santos que acabamos de mencionar, celebráronse durante el siglo XIII tres concilios generales, que fueron el duodécimo, décimotercio y décimocuarto ecuménicos. El primero se juntó en Roma en San Juan de Letran, año de 1215, presidido por Inocencio III, asistiendo á él 2 patriarcas, los de Constantinopla y Jerusalem, 71 arzobispos, 412 obispos, 800 abades, el primado de los maronitas, y santo Domingo. En esta ilustre asamblea se condenaron los errores de los albigenses y demás herejes, y se dictó el famoso decreto que obliga á todos los fieles á la edad de razon á confesarse á lo menos una vez en el año y á comulgar por la Pascua. La Iglesia para obtener mas se contentó con exigir lo menos: antes de aquel siglo la obligacion de recibir los Sacramentos era mucho mas frecuente, pero la relajacion de costumbres hacia necesaria esta reforma de la antigua disciplina. El segundo de los indicados concilios se celebró en Lyon el año 1245, con objeto de poner término á las convulsiones que agitaban á la Europa y resolver una nueva cruzada. Veinte y nueve años mas tarde, en 1274,

tambien en Lyon se celebró el tercero, dirigido á procurar la union de los griegos con la Iglesia latina.

La divina caridad, que por tantas vias se manifestaba, no por esto quedaba agotada: habia aun una gran miseria por aliviar: el número de cristianos cautivos en poder de los infieles aumentó considerablemente durante las últimas luchas; ¡pero consolaos ya, infortunados esclavos! los ojos maternales de la Iglesia no os han perdido de vista, y vuestras cadenas van á caer bien pronto. Hé aquí una nueva Orden religiosa creada expresamente para socorrer á estos infelices, Orden verdaderamente heroica en virtud y abnegacion, la de *nuestra Señora de la Merced, redentora de cautivos*.

Dos con este objeto se hallan establecidas en la Iglesia, una la de los Trinitarios, de que hablamos en su lugar, y otra la de que aquí es cuestion; aquella, segun indudables y reiteradas revelaciones, inspirada por la misma Trinidad santísima; la segunda hija indisputable de María, consoladora de los alligidos, la cual para instrumento de su misericordiosa compasion escogió á san Pedro Nolasco. Contemos en breves palabras la historia de este gran siervo de María.

Nació Nolasco en Languedoc el año de 1189. Sus padres quisieron darle estado matrimonial; pero el Santo, despreciando el mundo, habia para su corazon escogido otro cariño, superior al de una simple mortal, y consagróse enteramente á Dios. Habiendo pasado á España, recibió el encargo de educar al principe de Aragon, pero aun viviendo en el seno de una corte supo guarecerse del halago de los placeres y grandezas, sin por esto descuidar aquellos medios que la prudencia cristiana debe sugerir, de suerte que asiduo en la doble práctica de la oracion y la mortificacion, consagraba al rezo cuatro horas al dia, y dos por la noche. Movidó de vehemente compasion á los pobres cautivos cristianos, resolvió emplear todos sus bienes en su rescate; y cuando mas absorto andaba en esa idea, en la noche del 1.º de agosto de 1218, fiesta de *san Pedro ad Vincula*, se le apareció la Virgen, y le dijo: «Dios quiere que tú fundes una Orden religiosa para la redencion de cautivos.»

Pedro, no siendo un fanático, consultó esta vision con su confesor san Raimundo de Peñafort, otro de los ilustres Doctores de la Iglesia; pero júzguese de su sorpresa cuando Raimundo le aseguró

haber tenido la misma vision, y recibido de la soberana Reina del cielo la órden de favorecer su proyecto. Juntos fueron á encontrar al rey para declararle el suceso, mas su admiracion creció de punto al declararles el piadoso monarca que Maria santísima le habia revelado la misma cosa. No pudiendo ya dudar de la voluntad de Dios, solo pensaron en realizar su obra.

Habiendo el rey, que era D. Jaime el Conquistador, señalado cuantiosas rentas para dotacion de un monasterio, Pedro se recogió á él, y bien pronto le siguieron muchos señores para formar parte de la nueva Orden. Á mas de los tres acostumbrados votos de pobreza, castidad y obediencia, hacian otro que prueba hasta dónde la Religion puede llevar la caridad hácia el prójimo, y era obligar sus personas á quedarse en cautiverio entre los infieles si así convenia para libertar á los cautivos. Hé aqui la fórmula de este voto, único en los fastos del mundo: «Yo, N., soldado de nuestra Señora «de la Merced y de la Redencion de cautivos, profeso y prometo guardar obediencia, pobreza y castidad, vivir para Dios observando la «regla de san Benito, y si conviniere para la redencion de los fieles «de Jesucristo, me quedaré cautivo entre los sarracenos¹.

Efectivamente, hanse visto muchos de estos generosos esclavos de la Virgen permanecer entre los infieles al objeto de poder rescatar mayor número de ellos y predicar la fe á los musulmanes, habiendo sido otro de tantos san Ramon Nonato, el cual permaneció ocho meses cautivo, sufriendo en el ínterin inauditos martirios, hasta que los moros, no pudiendo impedir que predicase, le taladraron los labios con un hierro hecho ascua, y se los cerraron con candado.

Otro, san Pedro Pascual, obispo de Jaen, despues de emplear sus rentas en alivio de los pobres y rescate de los cautivos, emprendió tambien la conversion de los agarenos; pero echaron mano de él y le sujetaron á duros suplicios. El clero y el pueblo de su diócesis envióle una partida de dinero para que se rescatase; recibióla muy agradecido, pero en vez de utilizarla para sí, la invirtió en dar libertad á una porcion de mujeres y chiquillos cuya flaqueza daba

¹ Ego N. miles sanctæ Mariæ de Mercede et Redemptione captivorum, facio promissionem et promitto obedientiam, paupertatem, castitatem servare, Deo vivere, et comedere secundum regulam S. Benedicti, et in Saracenorum potestate, si necesse fuerit, ad redemptionem Christi fidelium, detentus manebo.

sospecha de que abandonarían la Religion, y por su parte siguió preso y permaneció mucho tiempo en tal estado hasta que los bárbaros al fin le proporcionaron la corona del martirio¹.

Difícil sería enumerar la multitud de esclavos que los Mercedarios devolvieron á sus familias; solamente san Pedro Nolasco, en dos viajes que hizo á Morería, redimió mas de cuatrocientos. Colmado de bendiciones y rico en virtudes, falleció al cabo á los sesenta y siete años, en el de 1226².

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber dado un san Luis á la Francia y á la Iglesia para defenderla y edificarla: concedednos la caridad y firmeza de este santo Rey.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rogaré por los pecadores.

¹ Godescard, 6 de diciembre y 31 de agosto.

² Helyot, t. III, pág. 280.